
PRÓLOGO

Era alrededor de la medianoche cuando Stenham salió de la casa de Si Jaffar.

—No necesito que nadie me acompañe —había dicho, tratando de sonreír para atenuar el tono de su voz, pues temía parecer aburrido o resultar abrupto, y Si Jaffar, después de todo, tan sólo estaba ejerciendo sus derechos de anfitrión al enviarle una persona para que le acompañara.

—De verdad, no necesito a nadie.

Aunque estuvieran apagadas todas las luces de la ciudad, quería regresar solo. La noche había sido interminable y le apetecía correr el riesgo de equivocarse de calles y extraviarse temporalmente; si alguien le acompañaba, el largo paseo sería casi como una continuación de la velada transcurrida en el salón de Si Jaffar.

En cualquier caso, era ya muy tarde. Todos los varones de la casa se habían acercado a la puerta, algunos de ellos, incluso, se encontraban afuera en el húmedo callejón e insistían en que el hombre fuera con él. Las despedidas de la familia eran siempre largas y prolijas, como si se marchara al otro lado del mundo en lugar de dirigirse al extremo opuesto de la Medina, y aquello le gustaba porque formaba parte de lo que él suponía debía de ser la vida en una ciudad medieval. Sin embargo, era desacostumbrado en ellos imponerle la presencia de un

protector y consideró que no existía justificación para ello.

En la oscuridad, el hombre caminaba a grandes pasos delante de él. «¿De dónde le habrán sacado?», pensó, al contemplar de nuevo al barbudo y espigado bereber con sus harapientas vestiduras montañosas, tal y como le había visto por primera vez bajo la mortecina luz del patio de Si Jaffar. Recordó en ese momento el alboroto y los susurros que se habían levantado en un extremo de la sala hora y media antes. Siempre que surgía este tipo de discusiones en presencia de Stenham, Si Jaffar hacía un enorme esfuerzo por distraer su atención, iniciando el relato de una historia. Ésta tenía en general un comienzo bastante prometedor. Si Jaffar sonreía, irradiando satisfacción a través de sus anteojos, pero con la atención puesta claramente en el sonido de las voces que llegaban desde la esquina. Con lentitud, a medida que los susurros de la otra conversación se iban atenuando, sus palabras se hacían más vacilantes y sus ojos comenzaban a oscilar de uno a otro lado, al tiempo que su sonrisa terminaba por paralizarse hasta perder toda significación. La historia nunca llegaba a su fin. De improviso, exclamaba: «¡Ajá!», sin causa alguna que lo justificara. Acto seguido batía las palmas solicitando rapé, o agua de azahar, o astillas de madera de sándalo para alimentar el brasero; de súbito se ponía incluso más contento, y acaso golpeaba la rodilla de Stenham con aire jugueteón. Una comedia similar se había desarrollado esta noche alrededor de las diez y media. Al recordarla ahora, Stenham resolvió que el motivo de la misma había sido la repentina decisión de la familia de facilitarle alguien que le acompañara de regreso al hotel. Ahora recordaba que tras la discusión, Abdeltif, el primogénito de la familia, había desaparecido una media hora, durante la cual había estado sin duda buscando al guía.

El hombre estaba agazapado en la oscura entrada del patio, tras la puerta, cuando ellos salieron afuera. Resultaba un poco violento, porque Stenham sabía que Si Jaffar no era un hombre acaudalado, y aunque un pequeño servicio como éste no resul-

taba excesivamente caro, con todo, era preciso pagarlo; Si Jaffar lo había expresado con claridad:

—No dé nada a este hombre —había dicho en francés—. Ya me he encargado yo.

—Pero si no le necesito —había protestado Stenham—. Conozco el camino. Acuérdesse de la cantidad de veces que he vuelto solo.

Los cuatro hijos de Si Jaffar, su primo y su yerno habían murmurado al unísono: «No, no, no.» Y el anciano, por su parte, le había dado unas afectuosas palmaditas en el brazo.

—Es mejor así —dijo, con una de sus muy formales revelencias.

Era inútil oponerse. El hombre permanecería a su lado hasta haberle entregado al vigilante nocturno del hotel y desaparecería después engullido por la noche para regresar al oscuro rincón de donde hubiera salido. Y Stenham no le vería nunca más.

No había un solo transeúnte en las calles. Stenham pensó que hubiera sido posible recorrer la mayor parte del camino siguiendo calles un poco más frecuentadas, pero saltaba a la vista que su acompañante prefería las más vacías. Sacó su pequeña linterna de dinamo y comenzó a apretarla, dirigiendo el pálido rayo hacia el suelo, a los pies de aquel hombre. El zumbido de la linterna, semejante al que produciría un insecto, hizo que su acompañante se diera la vuelta con un gesto de sorpresa en el rostro.

—Luz —dijo Stenham.

El hombre gruñó.

—Hace mucho ruido —protestó.

Él sonrió y dejó que la luz se desvaneciera. «¡Cómo le gusta jugar a esta gente!», pensó Stenham. «Este hombre está jugando ahora a policías y ladrones; siempre están al acecho de algo o acechados por alguien.» «La pasión oriental por las complicaciones, la línea enrevesada, los arabescos», le había asegurado Moss, pero Stenham no estaba seguro de que se tratara de eso. De igual modo podía obedecer a un profundo sentido de

culpabilidad. Se lo había sugerido a Moss, pero éste se había burlado de él.

Las calles embarradas bajaban y bajaban. No había un solo palmo de terreno nivelado. Tenía que avanzar con los tobillos rígidos y todo el peso del cuerpo apoyado sobre las yemas de los dedos del pie. La ciudad dormía. Había un profundo silencio, sólo interrumpido por el sonido de sus pies al caminar sobre el fango. El hombre, descalzo, avanzaba sin hacer el menor ruido. En ocasiones, cuando el camino no atravesaba callejas interiores sino espacios abiertos, una solitaria gota de lluvia caía pesadamente del cielo, como si una gran pieza de ropa húmeda e invisible estuviera colgando a unos metros de la tierra. Pero todo era invisible: el lodo de la calle, los muros, el cielo. Stenham apretó de súbito el botón de la linterna y pudo ver una instantánea rápidamente evanescente del hombre que avanzaba delante de él con su chilaba parda y de su sombra gigantesca proyectada contra las vigas que formaban el techo de la calle. El hombre gruñó de nuevo a modo de protesta.

Stenham sonrió: el inexplicable comportamiento de algunos musulmanes le divertía y siempre lo disculpaba, porque, como decía él, ningún no-musulmán sabía bastante acerca de los musulmanes como para atreverse a criticarlos. «Están lejos, muy lejos de nosotros», se decía. «No tenemos ni idea de lo que motiva su conducta.» Había una cierta hipocresía en la actitud de Stenham; en realidad, deseaba convencer a los otros de la existencia de este abismo casi infranqueable. El simple hecho de que él fuera capaz de empezar a insinuar las creencias y propósitos que se agitaban en lo más profundo de ese abismo le hacía sentirse más seguro de sus propias tentativas de analizarlos y le proporcionaba un cierto sentimiento de superioridad del que en modo alguno renegaba; no en vano había soportado los rigores de Marruecos durante muchos años. La presunción de saber algo que los otros no podían saber era una pequeña indulgencia que se permitía a sí mismo, una prima por antigüedad. Estaba secretamente convencido de que los marroquíes eran

muy parecidos al resto de los mortales, de que las diferencias atañían en muy buena medida al mundo ritual y a los detalles, e incluso de que la fina cortina de magia a través de la cual contemplaban la vida no era demasiado complicada y tampoco aportaba a sus percepciones mayor profundidad. Le gustaba que este bereber anónimo y descalzo quisiera guiarle a través de los túneles más oscuros y menos frecuentados de la ciudad; no le importaba el deseo de mantener la discreción que mostraba aquel hombre. Eran gentes nocturnas, felinas. No era casual que en Fez no hubiera perros. «Me pregunto si Moss se habrá dado cuenta de eso», pensó.

De vez en cuando tenía la clara impresión de que estaban atravesando una calle o un espacio abierto que él conocía a la perfección, pero de ser ello así, el ángulo de encuentro con dichos lugares resultaba inesperado, por lo que las familiares paredes (si en verdad *lo eran*) parecían empequeñecidas o distorsionadas a la luz del destello rápidamente desfalleciente con que él las iluminaba. Empezó a sospechar que la planta de suministro eléctrico había sufrido una importante avería: la corriente seguía cortada casi con toda seguridad, porque parecía del todo imposible haber avanzado tan largo trecho sin tropezarse con, al menos, una farola encendida. Sin embargo, estaba acostumbrado a transitar por aquellas calles en la oscuridad. Conocía muchos caminos para cruzar la ciudad en cualquier dirección, y hubiera podido encontrar la forma de llegar al hotel con los ojos vendados siguiendo varias de estas alternativas. En efecto, vagar por la Medina a la caída de la noche se asemejaba bastante a recorrerla con los ojos vendados; era preciso dejarse guiar sobre todo por los oídos y la nariz. Sabía cómo sonaba cada tramo de los caminos conocidos al recorrerlos de noche. Había dos elementos a los que debía prestar una particular atención: el ruido que hacían sus pies al caminar y el sonido del agua detrás de las paredes. Las pisadas tenían una infinita variedad de matices, dependiendo de la dureza de la tierra, la anchura del callejón y la altura y configuración de los muros. En el paseo de

Lemtiyine existía un lugar entre la curtiduría y una pequeña mezquita donde el eco resultaba sobrecogedor: reverberaciones tensas, metálicas, que vibraban entre las fachadas como disparos musicales. Había lugares donde sus pisadas eran casi mudas, lugares donde el sonido era único, sólido y compacto, para morir súbitamente, o donde, al avanzar a lo largo de los desiertos corredores, los pasos sucesivos producían un sonido cuyo tono se elevaba de forma imperceptible, de modo que su caminar era como una escala ascendente primorosamente graduada, hasta que de improviso un muro que sobresalía o un túnel inesperado dispersaba la escala y comenzaba otra parte del largo nocturno que revelaría poco a poco y a su debido tiempo su propio trazado musical. Y con el agua, en sus cursos infinitos tras los tabiques de piedra y tierra, sucedía otro tanto. Raramente visible, pero casi siempre presente, se precipitaba rauda por debajo de los inclinados callejones, aquí como un murmullo, allí tan sólo goteando, al otro lado de la pared de un jardín chapoteaba o se derramaba para crear una fuente, caía con un sonido hueco y profundo en una cisterna invisible; o bien, de repente, se convertía sin pudor en el brazo del río que chocaba de forma estruendosa contra las rocas (con lo que, en ocasiones, el viento transportaba por encima de los muros el frío vapor que ascendía del río y acababa mojando su rostro), a la altura de la panadería el agua estaba represada y permanecía casi inmóvil; las ratas se aprovechaban de ello para bañarse.

Había experimentado tan a menudo los dos registros sonoros simultáneos producidos por el agua y las pisadas, que a Stenham le parecía que debía conocer de memoria cada rincón de la ciudad. Pero ahora era muy diferente, y cayó en la cuenta de que lo que él conocía era sólo un contorno, una cierta secuencia cuyas partes se hacían irreconocibles al presentarse fuera de su contexto acostumbrado. Sabía, por ejemplo, que para hallarse tan cerca de la rama principal del río como se encontraban en esos instantes tenían que haber cruzado en algún punto la calle que conducía de la mezquita Karouine a la Zaouia

de Si Ahmed Tidjani, pero le resultaba imposible recordar cuándo había sucedido eso; no había reconocido nada.

De improviso supo dónde se encontraban: en una calle estrecha que recorría un pequeño montículo situado sobre el río, justo debajo de la gran masa de muros que formaban el Fondouk el Yihoudi. Estaba bastante lejos de su camino, lejos al menos de cualquier ruta imaginable entre la casa de Si Jaffar y el hotel.

—¿Por qué hemos venido hasta aquí? —preguntó Stenham, indignado.

El hombre fue innecesariamente brusco en su contestación, pensó Stenham:

—Camine y cálese —dijo.

«La verdad es que siempre son bruscos», se recordó a sí mismo; nunca terminaría de asumir su curiosa mezcla de rebuscada circunspección y brutal aspereza, y casi soltó una carcajada al recordar cómo habían sonado cinco segundos antes aquellas ridículas palabras: *Rhir zid* o *skout*. En unos cuantos minutos más habían rodeado el Fondouk el Yihoudi y atravesaban un húmedo jardín bajo los bananos; las pesadas hojas de éstos, igual que harapos, dejaban caer gotas frías al contacto con ellas. «Si Jaffar se ha superado a sí mismo esta vez.» Decidió telefonearle al día siguiente e inventar una buena historia a costa de lo ocurrido. *Zid* o *skout*. Sería un lema divertido que la familia podría compartir durante las próximas dos semanas mientras tomaran el té.

Era una extraña noche de verano; un frío como el del inicio de la primavera cortaba el aire. Una gran nube espesa se había desgajado del otro lado del Djebel Zalagh y formaba una techumbre sobre la ciudad, encerrándola en un inmenso recinto cuyo aire inmóvil tenía el perfume de la tierra húmeda y fresca. Mientras se adentraban en silencio hacia las calles que coronaban la colina, una lechuza ululó por encima de sus cabezas.

Cuando llegaron a la puerta exterior del hotel, Stenham apretó el botón que hacía sonar un timbre situado en una espe-

cie de cuartito, cercano a la oficina donde permanecía el vigilante nocturno. Por un momento pensó: «No va a sonar. Esta noche han cortado la luz.» Pero recordó al instante que el hotel tenía su propio sistema de suministro eléctrico. Habitualmente pasaban cinco minutos largos antes de que se encendiera la luz del patio, y otros dos o tres más antes de que el vigilante llegara a la puerta. Esta noche, sin embargo, la luz se encendió de inmediato. Stenham se aproximó a las grandes puertas exteriores y echó una ojeada a través de la rendija que quedaba entre ellas. El vigilante se encontraba justo al otro lado del patio hablando con alguien.

—*Ah, oui* —le oyó decir.

Un europeo en el patio a esas horas, pensó Stenham con cierta curiosidad, tratando de no perder detalle. El vigilante se estaba acercando. Como un niño travieso, retrocedió a toda velocidad y se guardó las manos en los bolsillos contemplando con aire indiferente la pared. Entonces se percató de que el guía había desaparecido. Tampoco se oían los pasos del bereber en su retirada; sencillamente se había esfumado. Se oyó el sonido del pesado cerrojo de la puerta al descorrerse y apareció el vigilante nocturno con su guardapolvo caqui y su turbante blanco; en su rostro se reflejaba aquella expresión de desasosiego que le era tan propia.

—*Bonsoir, M'sio Stonamm* —dijo.

A veces hablaba en árabe, otras en francés; era imposible saber qué idioma elegiría en cada ocasión. Stenham le saludó, escudriñando el patio para ver quién estaba con él. No vio a nadie. Los dos vehículos de siempre estaban allí: la camioneta del hotel y el viejo Citroën que pertenecía al dueño, aunque nunca lo utilizara.

—Qué poco ha tardado usted esta noche —dijo Stenham.

—*Oui, M'sio Stonamm*.

—¿Por casualidad estaba fuera, cerca de la puerta?

El vigilante titubeó.

—*Non, m'sio*.

Decidió abandonarle en lugar de terminar desesperado con aquel hombre, lo cual habría de ocurrirle a buen seguro si proseguía con su interrogatorio. Una mentira no es una mentira; es tan sólo una fórmula, un sucedáneo, una perífrasis, una manera cortés de decir: «Ocupese de sus asuntos.»

Llevaba la llave en el bolsillo, así que se fue directamente a su habitación por la parte trasera del hotel, un poco avergonzado por haber empezado a curiosear. Pero cuando se encontró de nuevo en su cuarto de la torre, asomado a la ciudad invisible que se extendía allí abajo, llegó a la conclusión de que su curiosidad estaba justificada. No era sólo la mentira manifiesta del vigilante lo que le había incomodado; era más importante el hecho de haber ido en todo momento a remolque del extraño comportamiento del bereber: el innecesario rodeo, las bruscas órdenes reclamando silencio, la inexplicable desaparición antes de que tuviera la oportunidad de entregarle los treinta francos que tenía preparados para él. Pero tampoco era eso, recapacitó, retrocediendo mentalmente hasta la casa de Si Jaffar. Toda la familia había insistido con gran solemnidad para que alguien le acompañara en su regreso al hotel. Eso también parecía formar parte de una conspiración. Rehusó asociar todas estas circunstancias, y en lugar de ello atribuyó lo ocurrido a la tensión que se respiraba en la ciudad. Desde el día, hacía ya un año, en que los franceses —más irresponsables que de costumbre— habían depuesto al Sultán, la tensión había estado latente en Fez, y *él* había sido consciente de ello en todo momento. Pero era una cuestión política, y la política sólo existe sobre el papel; ciertamente, la política de 1954 no tenía una verdadera conexión con la misteriosa ciudad medieval que él conocía y amaba. Hubiera sido demasiado simple establecer una relación lógica entre lo que sabía su cerebro y lo que veían sus ojos; pero le parecía más entretenido jugar aquel pequeño juego consigo mismo.

Noche tras noche, cuando Stenham cerraba la puerta de su habitación, el vigilante subía las empinadas escaleras que conducían a la torre del *ancien palais* y apagaba con un chasquido

una detrás de otra las luces de los pasillos. Cuando desaparecía de nuevo escaleras abajo y se desvanecía el sonido de sus pisadas, sólo se oía el silencio profundo de la noche, interrumpido, si soplaba el viento, por el susurro de los álamos en el jardín. Esta noche, cuando las lentas pisadas se aproximaron a la caja de la escalera, en lugar del familiar chasquido del interruptor sobre la pared exterior, Stenham percibió una suerte de vacilación, y acto seguido unos golpes quedos sobre la puerta. Se había quitado ya la corbata, pero estaba aún vestido. El vigilante sonrió disculpándose, no por cierto arrepentido de la mentira que había dicho en el patio, observó Stenham, al contemplar aquel rostro melancólico y sumiso. A lo largo de las cinco temporadas que había pasado en el hotel, Stenham no había visto jamás otra expresión distinta en la cara de aquel hombre. Si el mundo seguía su curso, envejecería y moriría como vigilante nocturno del Mérinides Palace, sin haber imaginado ninguna otra posibilidad para su propia vida. En esta ocasión habló en árabe.

—*Smatsi. M'sio Moss* me manda porque quiere saber si irá a verle.

—¿Ahora? —dijo Stenham con incredulidad.

—Ahora. Sí.

El vigilante rió tímidamente, con infinita amabilidad, como si pretendiera dar a entender que su conocimiento del mundo era en verdad considerable.

El primer pensamiento de Stenham fue: «No puedo permitir que Moss empiece a hacer cosas de éstas.» Contemporizador, dijo:

—¿Dónde está?

—En su habitación. Número catorce.

—Sí, ya sé el número —dijo Stenham—. ¿Va a volver de nuevo a su habitación para llevarle mi mensaje?

—Sí. ¿Le digo que va a ir?

Stenham suspiró.

—Sí. Pero estaré sólo un minuto.

Esta última aclaración caería en saco roto; el vigilante se limitaría a decirle que *Monsieur Stonamm* vendría enseguida, y desaparecería sin más. Antes de marcharse inclinó la cabeza y dijo: «*Ouakha.*» Después cerró la puerta.

Se puso de nuevo la corbata delante del espejo del armario. Era la primera vez que Moss le había enviado un mensaje a esas horas, y sentía una cierta curiosidad por saber qué había llevado al inglés a variar su código de estricta discreción. Consultó su reloj: pasaban veinte minutos de la una. Moss iniciaría una serie de floridas disculpas por haber perturbado su trabajo, al margen de que creyera haber causado o no tal interrupción; Stenham alentaba en sus conocidos la impresión de que trabajaba día y noche. Ello le aseguraba una mayor intimidad, y además, ocasionalmente, si el tiempo estaba revuelto, se iba a la cama temprano y podía añadir una página más a la novela que distaba muy mucho de estar concluida. La lluvia y el viento confundidos en la oscuridad de la noche le aportaban el estímulo necesario para sobreponerse a la fatiga. Esta noche, en cualquier caso, no hubiera trabajado: era demasiado tarde. El día comenzaba en Fez bastante antes del amanecer, y le causaba un enorme disgusto pensar en la posibilidad de que no estuviera durmiendo antes de que la primera llamada a la oración preludiera el potente canto del gallo, el cual iría extendiéndose lentamente sobre la ciudad y no declinaría hasta bien entrada la mañana. Si estaba despierto cuando los almuecines iniciaran sus cantos, no habría esperanzas de poder conciliar el sueño. En esta época del año, comenzaban a las tres y media.

Miró las páginas mecanografiadas esparcidas sobre la mesa, colocó un grueso cenicero de porcelana sobre ellas y se dio la vuelta con intención de salir. De repente se quedó pensativo durante unos instantes y guardó todo el manuscrito en un cajón. Se acercó a la puerta, lanzó una mirada breve e impaciente hacia su cama y salió por fin. La llave estaba unida a un pesado distintivo de níquel que sintió como hielo al guardarla en el bolsillo. Una corriente fría e intensa ascendía hacia la torre por el

hueco de la escalera. Bajó tan silenciosamente como pudo (no porque hubiera alguien a quien pudiera molestar), fue tanteando su camino a lo largo del oscuro vestíbulo y se dirigió a la terraza. La luz de la entrada donde se encontraba la recepción reverberaba en el húmedo suelo de mosaico. Ya no caían del cielo gotas aisladas de lluvia, pero una ligera brisa agitaba el aire. El jardín inferior estaba muy oscuro; una delgada verja de hierro forjado situada junto a la piscina Sultana le guió hasta el patio donde, en los días soleados, Moss y él compartían a veces el almuerzo. Las farolas que normalmente alumbraban la gran puerta de la habitación número catorce no habían sido encendidas, pero unas estrechas bandas de luz se filtraban desde el cuarto entre los postigos cerrados. Al golpear la puerta, un animal sobresaltado, acaso una rata o un hurón, escapó a toda prisa escabulléndose entre las plantas y las hojas secas. El hombre que abrió la puerta, con rígido ademán, se hizo a un lado para franquearle el paso. Stenham le veía por primera vez en su vida.

Moss estaba en el centro de la habitación, justo debajo de la gran araña de luz, alisándose nerviosamente el bigote y con una expresión consternada en el semblante. El único sentimiento que Stenham pudo percibir en su interior fue un sincero deseo de no haber golpeado la puerta y poder seguir estando afuera en la oscuridad de la noche como cinco segundos antes. Hizo caso omiso del hombre que estaba allí.

—Buenas noches —saludó a Moss, con una entonación que pretendía comunicar un aire de desenfadada cordialidad. Pero Moss permaneció tenso.

—¿Quiere pasar, por favor, John? —dijo secamente—. Tengo que hablar con usted.

LIBRO PRIMERO

EL SEÑOR DE LA SABIDURÍA

*He comprendido que el mundo es un
inmenso vacío construido sobre el
vacío... Y por eso me llaman el señor
de la sabiduría. ¡Ay! ¿Sabe alguien
lo que es la sabiduría?*

«Canto de la lechuza»,
Las mil y una noches

CAPÍTULO I

El sol primaveral caldeaba el huerto. Pronto se ocultaría tras el alto cañaveral que bordeaba la carretera, pues era ya media tarde. Amar estaba tumbado al pie de una vieja higuera incrustada en un césped crecido, todavía húmedo del rocío de la noche anterior. Estaba comparando su propia vida con lo que sabía de las vidas de sus amigos, y pensaba que ciertamente la suya era la menos envidiable. Sabía que esto era un pecado: no le está permitido al hombre formular juicios de esta naturaleza, y nunca hubiera prestado su voz a aquella conclusión, aunque ésta hubiera adoptado forma de palabras en su mente.

Contempló los árboles y las plantas que había a su alrededor, el cielo sobre su cabeza, y supo que estaban allí. Y puesto que sentía una gran decepción por el rumbo que había tomado su corta existencia, supo que la insatisfacción también estaba allí, haciéndole compañía. El mundo era un lugar hermoso, con sus animales y pájaros llenos de vida, y sus flores y árboles frutales que Alá había ofrecido con generosidad, pero sintió en lo más profundo de su corazón que todo aquello le pertenecía a él, que nadie más tenía el mismo derecho sobre estas cosas. Eran siempre los otros quienes hacían que su vida fuera infeliz. Recostado indolentemente sobre el tronco del árbol, desgajó con cuidado los pétalos de una rosa que había tomado media hora antes al adentrarse en el huerto. No le restaba mucho tiempo para decidir lo que iba a hacer.

Si optaba por emprender la huida, debía hacerlo sin mayor demora. Pero sintió al instante que Alá no iba a revelarle su destino. Él lo conocería haciendo sencillamente lo que estaba escrito que haría. Todo continuaría igual. Cuando crecieran las sombras él se incorporaría y saldría a la carretera, porque el crepúsculo haría salir de los árboles a los espíritus malvados. Una vez que se encontrara en la carretera no tendría ningún lugar al que dirigirse salvo su propia casa. Tenía que regresar y dejarse golpear; no había ninguna otra alternativa. No era miedo al dolor lo que le impedía marcharse de una vez y arrostrar la situación. El dolor en sí no era nada; podía ser agradable incluso si no lloraba ni arrugaba el rostro, porque su silencio hostil constituía en cierto sentido una victoria sobre su padre. Transcurrido el tiempo siempre terminaba pareciéndole que se había hecho más fuerte y que estaba mejor preparado para la siguiente vez. Pero dejaba tras de sí un sabor amargo en el centro de su ser, algo que le hacía sentirse al mismo tiempo más lejano y más solitario que antes. No era miedo al dolor o el temor que le causaba esa sensación de soledad lo que le hacía permanecer en aquel huerto; lo que le parecía insoportable era pensar que él era inocente y que, pese a ello, iba a sufrir una humillación al ser tratado como culpable. Lo que temía afrontar era su propia impotencia al verse cara a cara con la injusticia.

La cálida brisa que descendía de las laderas y valles de Djebel Zalagh se abría paso entre las cañas hasta llegar al huerto, agitando las hojas del árbol sobre su cabeza. La caricia vacilante de la brisa sobre su nuca produjo en él un efímero estremecimiento. Puso un pétalo de la rosa entre sus dientes y lo masticó hasta dejarlo reducido a húmedos fragmentos. No había nadie en aquel lugar y nadie acudiría. El guarda del huerto le había visto entrar y no le había llamado la atención. Algunos huertos tenían guardas que perseguían a los muchachos, los cuales conocían bien a todos ellos. Éste era un «buen» huerto, porque el guarda jamás hablaba, excepto para dar una orden a su perro, instándole a que dejara de ladrar a los intrusos. El vie-

jo había descendido a la parte baja de la finca que se encontraba junto al río. Con la salvedad de algún camión que pasaba de tiempo en tiempo por la carretera que discurría al otro lado del cañaveral, esta parte del huerto permanecía en completo silencio. Puesto que no quería siquiera imaginar cómo sería aquel lugar cuando se desvaneciera la luz del día, deslizó sus pies en las sandalias, se incorporó, sacudió su chilaba, la inspeccionó durante un rato —porque había pertenecido a su hermano y detestaba utilizarla— y se la echó al hombro finalmente antes de emprender el camino hacia el claro que se abría entre la jungla de cañas por donde había entrado.

Ya en la carretera, sintió que el sol era más ardiente y el viento soplaba con mayor fuerza. Pasó junto a dos mozalbetes que empuñaban sendos palos largos de bambú con los que vareaban las ramas de una morera, mientras un muchacho mayor que ellos recogía las bayas verdes y las guardaba en la capucha de su chilaba. Los tres parecían demasiado atareados para percatarse de su presencia. Llegó a una de las curvas cerradas de la carretera. Frente a él, justo al otro lado del valle, se encontraba Djebel Zalagh. Siempre se le había asemejado a un rey sentado en el trono, vestido con sus regias galas. Amar había mencionado esto a varios de sus amigos, pero ninguno de ellos había comprendido. Sin molestarse en mirar hacia la montaña, habían dicho: «Tú eres bobo», o «Imaginaciones tuyas», o «No sabes lo que dices», o se habían limitado a soltar una carcajada. «Creen que conocen de una vez y para siempre cómo es el mundo, así que no tienen que volver a mirarlo», había pensado él. Y era verdad: muchos de sus amigos habían decidido cómo era el mundo, cómo era la vida, y nunca se replantearían una u otra cosa para averiguar si estaban o no en lo cierto. Ello obedecía a que habían ido o seguían yendo al colegio, y sabían escribir e incluso comprendían lo que estaba escrito, que era aún más difícil. Y algunos de ellos conocían de memoria el Corán, aunque naturalmente no sabían muy bien lo que significaba, porque eso era lo más difícil de todo, reservado tan sólo para un puñado de

grandes hombres en el mundo. Y nadie podía entenderlo en su totalidad.

«En el colegio te enseñan lo que significa el mundo, y una vez que lo hayas aprendido, siempre lo sabrás», le había dicho su padre.

«¿Y si el mundo cambia?», había pensado Amar. «¿Qué se sabría entonces?» No obstante, procuraba que su padre no hiciera cábalas sobre lo que a él se le pasaba por la cabeza. Nunca hablaba con su anciano padre salvo para recibir órdenes. Si Driss era severo, y le gustaba que sus hijos le trataran exactamente con el mismo respeto que él había mostrado hacia su propio padre cincuenta o sesenta años antes. Era preferible abstenerse de expresar una opinión que nadie le hubiera solicitado. Pese al hecho de que la vida en casa resultaba más estricta de lo que hubiera sido de tener un padre más tolerante, Amar estaba orgulloso de la respetable posición que ocupaba aquél. Los hombres más ricos e importantes de la región se acercaban a su padre, besaban sus ropas y aguardaban sentados en silencio mientras él hablaba. Estaba escrito que Amar tendría un padre severo, y no había nada que hacer al respecto, salvo dar gracias a Alá. Sin embargo, él sabía que si algún día llegaba a querer algo con tanta intensidad como para desafiar a su padre, el venerable anciano comprendería que su hijo estaba en lo cierto y cedería ante él. Había descubierto que ello era así cuando su padre le envió por primera vez al colegio. Le desagradó hasta tal extremo su primer día de escuela, que regresó a casa y anunció que no volvería allí nunca más; en aquella oportunidad, el anciano se había limitado a suspirar poniendo a Alá por testigo de que él mismo había llevado al muchacho hasta el colegio y le había dejado al cuidado del *aallem*: no podía ser considerado responsable de lo que aconteciera en un futuro. Al día siguiente había despertado al niño al despuntar el alba, diciéndole: «Si no quieres ir al colegio, trabajarás.» Y le había llevado a la fábrica de mantas que su tío poseía en el Attarine para que trabajara en los telares. Aquello había resultado un poco menos insoportable que

el colegio, porque no tenía que permanecer sentado e inmóvil todo el tiempo; pese a ello, no estuvo más tiempo allí del que habría de permanecer en cualquiera de los innumerables lugares donde había trabajado desde entonces. Pasaban una o dos semanas, y se marchaba para entretenerse por ahí, muy a menudo sin preocuparse de cobrar su salario. Su vida en casa era una lucha constante para evitar que le llevaran a un nuevo trabajo maquinado por su padre.

Y era así como, de entre sus más antiguos amigos, Amar era el único que no había aprendido a escribir, ni a leer lo escrito por otra gente, y no le importaba lo más mínimo. Si su familia no hubiera sido Chorfa, descendientes del Profeta, su vida hubiera sido indudablemente más fácil. No habría tenido que padecer la encarnizada insistencia de su padre para inculcarle los preceptos de su religión, ni su apremio constante tratando de convencerle de la necesidad de respetar una estricta obediencia. Pero el viejo había decidido que si su hijo iba a ser analfabeto (lo que no constituía en sí una gran desventaja), al menos no sería también un ignorante en lo que atañía a las leyes morales del Islam.

Con el paso de los años, Amar había entablado amistad con muchachos como él, pertenecientes a familias tan pobres que nunca se habían planteado si debían o no debían ir a la escuela. Cuando se encontraba ahora con sus amigos de la primera infancia y charlaba con ellos, tenía la impresión de que habían crecido hasta parecer viejos, y no le divertía estar en su compañía, mientras que sus nuevos amigos, que jugaban y luchaban a todas horas como si sus vidas dependieran del resultado de sus juegos y peleas, vivían de un modo que resultaba comprensible para Amar.

Algo de suma importancia en su vida era que albergaba un secreto. Un secreto que ni siquiera debía mantener en secreto, puesto que nadie podría llegar a imaginarlo jamás. Pero él lo conocía y se nutría de él. El secreto consistía en que él no era como los demás; tenía poderes que nadie más poseía. Estar se-

guro de aquello era como tener un tesoro escondido en algún lugar perdido al abrigo de la vista del mundo, y ello significaba mucho más que poseer sencillamente la *baraka*. Muchos Chorfa la tenían. Si alguien estaba enfermo, o en trance, o había sido poseído por un espíritu extraño, muy a menudo Amar podía curar sus males tocándole con sus manos y murmurando una plegaria. Y en su familia la *baraka* era muy fuerte, tan poderosa que un hombre de cada generación había hecho de las virtudes curativas su profesión. Ni su padre ni su abuelo habían hecho otro trabajo en su vida que atender las constantes riadas de gente que venía a tratar con ellos. De modo que no había nada sorprendente en el hecho de que el propio Amar poseyera tal don. Pero no era esto lo que él tenía en mente cuando se decía a sí mismo que era diferente de todo el mundo. Por supuesto, siempre había sabido su secreto, pero antes no tenía tanta importancia para él. Ahora que había cumplido los quince años y era ya un hombre, el secreto se hacía más y más importante. Había descubierto que en cientos de ocasiones a lo largo del día acudían a su mente cosas que no parecían surgir en la cabeza de nadie más, pero también había aprendido que si quería hablar a la gente de ellas —y ciertamente lo deseaba— debía hacerlo de tal manera que les hiciera reír, pues de lo contrario terminaban recelando de él. Con todo, si un día, arrobado por el entusiasmo, se olvidaba de ello y gritaba: «¡Mirad el Djebel Zalagh! ¡El Sultán tiene una nube en el hombro!», y sus amigos respondían: «¡Tú estás loco!», tampoco le importaba demasiado. La próxima vez intentaría acordarse de incluir en sus palabras el mundo de quienes le escuchaban, haciendo alguna referencia a algo particular que les interesara. Así ellos reirían y él se sentiría feliz.

Hoy no se veían nubes en ninguna parte del Djebel Zalagh. Hasta el más pequeño olivo de su cima se recortaba con claridad sobre el cielo inmenso, uniformemente azul; y los innumerables barrancos que arrugaban sus laderas despojadas de vegetación estaban empezando a cubrirse con las sombras del atardecer. Una carretera filiforme serpenteaba a los pies de una de

sus romas colinas; unas figuras blancas y diminutas ascendían con lentitud carretera arriba. Se detuvo y las siguió durante unos instantes: eran campesinos que regresaban a sus aldeas. Por un momento deseó apasionadamente poder ser otro, uno de ellos, y llevar una vida sencilla y anónima. Entonces empezó a tejer una fantasía. Si él fuera un *djibli* y viviera en el campo, con su inteligencia —pues se sabía inteligente—, pronto amasaría más dinero que nadie en su cabila. Compraría más y más tierras, tendría más y más gente trabajando en ellas, y cuando los franceses intentaran comprar sus posesiones, él se negaría a venderlas, sin importarles cuánto pudieran ofrecer por ellas. Entonces los campesinos le mostrarían un gran respeto; su nombre empezaría a ser conocido más allá de los confines de aquellas tierras, los hombres se acercarían a él en demanda de ayuda y consejo como si fuera un *qoadi*, y él satisfaría a todos con generosidad. Un día llegaría un francés con la propuesta de nombrarle caíd; se vio a sí mismo sonriendo bondadosa y afablemente, contestándole: «Ya soy para mi pueblo más que un caíd. ¿Por qué habría de cambiar?» El francés, sin comprender, formularía bajo cuerda todo tipo de ofertas añadidas: un porcentaje en los impuestos, mujeres de su elección procedentes de tribus lejanas, un naranjal aquí, una granja allá, la escritura de propiedad de un bloque de viviendas en Dar el Beida, y dinero en abundancia; pero él se limitaría a sonreír de forma jocosa, asegurando que no quería más de lo que ya tenía: el respeto de su propio pueblo. El francés se mostraría desconcertado (porque, ¿cuándo un marroquí había afirmado tal cosa?) y se marcharía con el corazón transido de temor, y las noticias de la fortaleza de Amar viajarían a toda velocidad, hasta que incluso en Rhafsai y Taounate todo el mundo hubiera oído hablar del joven *djibli* que no se dejaba comprar por los franceses. Y un día llegaría su oportunidad. El Sultán mandaría que le fueran a buscar en secreto, para que le asesorara en cuestiones relacionadas con la región que él conocía tan bien. Él sería, a su manera, sencillo y respetuoso en sus modales, pero no humilde, y el Sultán encontraría

esto muy extraño, y se sentiría un poco ofendido al principio, hasta que Amar, sin necesidad de utilizar tantas palabras, le daría a entender que su negativa a postrarse ante él obedecía tan sólo a su certeza de que los sultanes, aunque eminentes, eran solamente hombres, todos mortales y todos falibles. El monarca quedaría impresionado ante la sabiduría de Amar al adoptar tal actitud y también por el coraje que denotaba mostrándola tan a las claras, y le invitaría a que permaneciera junto a él. Poco a poco, susurrando una palabra aquí y otra allá, se convertiría en alguien más valioso para el Sultán que el propio El Mokhri. Y llegaría un tiempo de crisis en que el Sultán sería incapaz de tomar una decisión. Amar estaría presto en ese instante. Sin vacilar, intervendría y asumiría el control de la situación. Llegados a ese punto, podrían surgir algunas dificultades. Él las resolvería aplicando el método que utiliza todo gran hombre para solventar los problemas: confiándolo todo a la propia fuerza. Se vio a sí mismo promulgando con tristeza la ejecución del Sultán; debía hacerse por el pueblo. Y después de todo, el Sultán no era sino un alauita del Tafilalest —para decirlo con franqueza, un usurpador—. Todo el mundo lo sabía. Había docenas de hombres en Marruecos con mucho más derecho a gobernar, incluyendo, desde luego, a cualquier miembro de la familia de Amar, pues ellos eran Drissiyine, descendientes de la primera dinastía, la única legítima del país.

Las distantes figuras trepaban lentamente por la colina. Acaso continuarían caminando toda la noche, y sólo llegarían a sus hogares en algún momento después del alba. Él conocía bastante bien el modo de vida de los campesinos; había pasado muchos meses en la granja de su padre en Kherib Jerad, antes de que fuera preciso venderla, y cada año había ido a recoger la parte de las cosechas que correspondía a la familia. En su caso, el desprecio burlón que sienten los habitantes de la ciudad por los campesinos estaba atenuado por el respeto. Mientras que el hombre de la ciudad solía anunciar sus intenciones con enorme antelación, un campesino se limitaba a seguir su camino, sin

pronunciar una sola palabra y haciendo lo que tenía que hacer.

Detenido todavía allí, con la vista puesta en la gran extensión de tierra desnuda bañada por el sol, mientras sus ojos seguían las pequeñas figuras que ascendían por la superficie de la ladera, se dio cuenta de la magnitud de su desgracia. Si su hermano mayor no hubiera vuelto la cabeza en un momento dado y preciso tres noches antes en un callejón de Moulay Abdallah, Amar podría estar ahora bañándose en el río, o jugando al fútbol cerca de Bab Fteuh, o simplemente sentado y tranquilo en la azotea de su casa tocando la flauta, sin sentir el peso del terror dentro de su cuerpo. Pero Mustafá había vuelto la cabeza y le había visto en ese lugar prohibido donde se daban cita las mujeres acicaladas. Y al día siguiente su hermano se había acercado a él pidiéndole veinte riales. Amar no tenía dinero —y ningún medio de obtenerlo. Prometió a Mustafá que le iría pagando poco a poco, a medida que fuera haciéndose con pequeñas cantidades, pero Mustafá, mostrándose tan astuto como despiadado, tenía un plan y no le interesaba el futuro. No tenía intención de delatar a Amar; la aclaración era de todo punto innecesaria. Su padre se mostraría más enfadado con el informador que con el traicionado. Esa mañana Mustafá había dicho a Amar: «¿Tienes el dinero?», y al ver que su hermano movía negativamente la cabeza, había añadido: «Estaré en el café de Hamadi al atardecer. Tráelo o ten cuidado con tu padre cuando llegues a casa.»

No tenía el dinero; no iría al café para seguir oyendo amenazas. Se marcharía derecho a casa y recibiría la paliza para que ésta fuera cosa del pasado y no del futuro. Oyó a su espalda el timbre de una bicicleta; al volverse reconoció al muchacho que la conducía. El joven se detuvo y Amar se subió a ella sentándose de costado en el manillar. Bajaron las curvas sin dar pedales, cambiando de sentido una y otra vez; el valle soleado y Djebel Zalagh aparecían ora a la izquierda, ora a la derecha. Descendían a toda velocidad.

—¿Cómo están los frenos? —preguntó Amar. Pensaba en

esos instantes que podría resultar más agradable ser catapultado hacia una zanja o ladera abajo que llegar sano y salvo a la entrada de su barrio. Todo aquello por lo que iba a sufrir un castigo podría serle perdonado cuando saliera del hospital.

—Los frenos están bien —contestó el muchacho—. ¿Qué pasa? ¿Tienes miedo?

Amar sonrió con desdén. Cruzaron un puente y el terreno se niveló a partir de ese tramo. El joven empezó a pedalear. A medida que se iban aproximando a la inclinada cuesta que se extendía del valle del río al cruce de Taza, el trabajo se hacía más arduo. Amar saltó de la bicicleta, dijo adiós y tomó un atajo que cruzaba un bosquecillo de granados. Él nunca había tenido una bicicleta; no era un objeto que el hijo de un *fqih* venido a menos pudiera aspirar a tener. El dinero sólo iba a parar a manos de quienes compraban y vendían. Los muchachos cuyos padres tenían tiendas podían tener bicicletas; Amar sólo podía alquilar alguna de vez en cuando, porque la gente a quien trataba su padre con sus santas palabras y sus sortilegios generalmente sólo podía permitirse gastar algunas monedas de cobre, y cuando sucedía que un hombre rico le consultaba y trataba de darle una suma mayor como pago por sus servicios, Si Driss se mostraba inexorable en su negativa. «Cuando tu dinero procede de Alá», le diría su padre, «no hay que gastarlo comprando máquinas u otras locuras nazarenas. Tienes que comprar pan y darle las gracias a Él por poder hacer eso». Y Amar contestaría: «*Hamdoul'lah.*»

Se detuvo en un café de Bab Fteuh y siguió una partida de cartas durante unos minutos. Después se fue caminando hacia su casa embargado por la tristeza. Su madre, franqueándole el paso, le miró de un modo muy significativo, y Amar vio acto seguido a su padre en el patio, junto al pozo. No se veía a Mustafá por ninguna parte.

CAPÍTULO 2

—Vamos arriba —dijo su padre, encaminándose hacia la estrecha escalera de peldaños rotos.

Entró en la habitación más pequeña de las dos que había arriba y encendió la luz.

—Siéntate en el colchón —ordenó, señalando una esquina del cuarto. Amar obedeció. Todo en su interior estaba temblando; no sabía si era de impaciencia o de terror, ni sabía si era un aborrecimiento destructivo o un amor irresistible lo que sentía por el anciano que se erguía ante él con ojos llameantes de cólera. Su padre desenrolló lentamente su largo turbante, dejando al descubierto su cráneo desnudo, y mientras hacía esto, habló del siguiente modo:

—Esta vez has cometido un pecado imperdonable —dijo, clavando en Amar sus ojos terribles.

La barba blanca y puntiaguda tenía un aspecto extraño al carecer del turbante que equilibraba la imagen.

—A un chico como tú sólo le aguarda el infierno. Todo el dinero de la casa, el dinero para comprar pan para tu padre y para tu familia. Quítate la chilaba.

Amar se quitó la prenda; su padre se la arrebató mirando de inmediato dentro de la capucha.

—Quítate la *serrouelle*.

Amar desabrochó su cinturón y se sacó los pantalones,

manteniendo una mano delante de sí para cubrir su desnudez. Su padre palpó minuciosamente los bolsillos: estaban vacíos, con la salvedad de la navaja rota que Amar llevaba siempre consigo.

—¡Nada! ¡Ni rastro! —gritó el viejo.

Amar permaneció en silencio.

—¿Dónde está? ¿Dónde está?

La voz ascendía de tono en cada sílaba. Amar se limitó a mirar a los ojos de su padre, con la boca abierta. Había cientos de cosas que decir; no había nada que decir. Tuvo la sensación de que se había convertido en una piedra.

Con asombrosa fuerza, el viejo le empujó sobre el colchón, y arrancando el cinto de los pantalones comenzó a azotarle con el extremo donde estaba la hebilla. Para proteger su rostro, Amar se puso al instante boca abajo, con sus manos ahuecadas sobre la nuca. Su padre descargaba los duros golpes sobre sus nudillos, hombros, espalda, nalgas y piernas.

—¡Ojalá te mate! —gritaba su padre—. ¡Mejor estarías muerto!

«Espero que lo haga», pensaba Amar. Sentía los correazos con un gran distanciamiento. Era como si una voz le estuviera diciendo: «Esto es el dolor», y él se mostrara de acuerdo, aunque no del todo convencido. El viejo no añadió palabra alguna, concentrando su energía en los golpes. Más allá del silbido del cinturón al cortar el aire y el sonido de la hebilla al golpear su carne, Amar podía oír el ronroneo de un gato en la terraza de arriba: «Rao, rao..., rao...»; el llanto de unos niños; una radio desde la que llegaba hasta sus oídos una vieja canción de Farid al Atrache. Olía la *tajine* que su madre estaba cocinando abajo en el patio: canela y cebolla. Los golpes no cesaban. De improviso sintió que tenía que respirar; había retenido el aliento desde que había sido empujado sobre el colchón. Tomó aire de una gran bocanada y acto seguido vomitó. Alzó la cabeza, intentó moverse y el dolor le devolvió a la misma posición. Aún proseguía la rítmica descarga de golpes, no hubiera podido decir si con ma-

yor o menor intensidad. Su rostro resbaló sobre la espadañada que él mismo había arrojado sobre el colchón; detrás de sus párpados, tuvo de súbito una visión. Bajaba corriendo por el Boulevard Poeymirau en la Ville Nouvelle con una espada en la mano. Al pasar delante de las tiendas, las lunas de todos los escaparates saltaban espontáneamente en mil pedazos. Las mujeres francesas chillaban; los hombres estaban paralizados. Aquí y allá asestaba un golpe sobre un hombre, decapitándole, y una fuente de sangre brillante brotaba a borbotones del cuello truncado. Una cálida oleada de cruel deleite recorrió su cuerpo. De pronto se dio cuenta de que todas las mujeres estaban desnudas. Con diestros mandobles ascendentes abría sus cuerpos; con mandobles descendentes les cortaba los pechos de raíz. Nadie debía quedar intacto.

La paliza había cesado. Su padre había salido de la habitación. La radio seguía emitiendo la misma pieza, y pudo oír a sus padres hablando abajo. Se mantuvo completamente inmóvil. Por un momento pensó que acaso estaba muerto de verdad. Entonces oyó a su madre entrando en la habitación. «*Ouildi, ouildi*», decía, y sus dos manos empezaron a tocarle con suavidad, frotando aceite sobre su piel. No había llorado una sola vez durante la zurra, pero ahora sollozaba violentamente. Para dejar de hacerlo, imaginó que su padre estaba detrás de su madre observando la escena. La treta funcionó, y se quedó tumbado, sin moverse, rindiéndose a aquellas manos fuertes y suaves.

Estuvo enfermo el día siguiente y otro día más. Mientras permaneció echado en su pequeña habitación de la azotea, su madre acudió muchas veces con aceite para limpiarle las heridas. Amar se sentía aturdido por la fiebre y desgraciado por el dolor, y no le apetecía comer nada distinto de la sopa y el té caliente que ella le traía de cuando en cuando. Al tercer día se incorporó y tocó su *lirah*, la flauta de caña que él mismo se había fabricado. Ese día su madre dejó fuera de la jaula a Diki bou Bnara,

el gallo favorito de Amar, y la hermosa ave entró y salió de la habitación contoneándose, escarbando y prestando atención a las canciones que Amar interpretaba en su honor. Pero el tercer día, tras la puesta de sol, cuando Diki bou Bnara había sido ya devuelto a su jaula y los almuecines habían terminado de anunciar el *maghreb*, Amar escuchó los pasos de su padre subiendo la escalera que conducía a la azotea. Rápidamente se dio la vuelta hacia la pared, fingiéndose dormido. Instantes después su padre estaba en la habitación, y le habló:

—*Ya ouildi! Ya Amar!*

Amar no se movió, pero su corazón latía a toda prisa y respiraba con dificultad. El colchón se movió al sentarse su padre a los pies de la cama.

—¡Amar!

Él se dio la vuelta, frotándose los ojos.

—Quiero hablar contigo. Pero primero quiero estar seguro de que no sientes odio. Me siento muy desdichado por lo que has hecho. Tu madre y tu hermano y tu hermana no han comido bien estos últimos días. Pero eso no importa. No es ésa la razón por la que quiero hablar contigo. Tienes que escucharme. ¿Siente tu corazón odio por mí?

Amar se incorporó.

—No, padre —dijo quedamente.

El anciano permaneció silencioso durante un momento. Diki bou Bnara cacareó de pronto.

—Quiero hacerte entender. *Bel haq, fel louwil...* En primer lugar, has de saber que yo comprendo. Quizá pienses que porque soy viejo no sé nada del mundo, y que tampoco sé cómo ha cambiado.

Amar murmuró una protesta, pero su padre continuó:

—Sé que piensas eso. Les pasa a todos los muchachos de tu edad. Y ahora el mundo ha cambiado más que nunca. Todo es nuevo. Todo es malo. Hemos sufrido más de lo que sufrimos nunca. Y está escrito que debemos sufrir todavía más. Pero nada de eso importa. Como el viento. Tú crees que nunca he estado

en Dar Debibagh, que nunca he visto cómo viven los franceses. Pero, ¿qué pensarías si te dijera que he estado muchas veces? ¿Y que he visto sus cafés y sus tiendas, y he caminado por sus calles, y subido en sus autobuses, igual que tú?

Amar estaba perplejo. Había dado por cierto que, desde la llegada de los franceses, muchos años atrás, su padre nunca había cruzado los muros de la Medina, excepto para marcharse al campo o a la Mellah con intención de comprar ingredientes para las medicinas que sólo vendían ciertos judíos. En lo que Amar recordaba, las actividades cotidianas en la vida de su padre habían sido siempre las mismas, y consistían en cinco viajes diarios a la mezquita, además de las horas que pasaba conversando en las tiendas de sus amigos en su camino hacia o de la mezquita. Fuera de eso no existía nada, salvo prodigar sus servicios cuando éstos eran requeridos. Resultaba sorprendente oírle decir que había estado en la ciudad francesa. Amar lo puso en duda: si había estado allí, ¿por qué no lo había mencionado hasta ese día?

—Quiero que sepas que he estado allí muchas veces. He visto la podredumbre y la vergüenza en que viven los cristianos. Eso no puede ser nunca para nosotros. Te juro que son peores que los judíos. ¡No, te juro por Alá que son peores que los judíos ateos de la Mellah! Así que si hablo así de ellos no es porque hombres como Si Kaddour o esa carroña de Abdeltif o Watanine me lo hayan contado. Lo que ellos dicen puede ser verdad, pero su razón para hablar así es falsa, porque es *política*. ¿Sabes lo que es la *política*? Es la palabra francesa para decir mentira. *Kdoub!* ¡*Política!* Cuando oigas decir a los franceses: nuestra *política*, sabrás que quieren decir: nuestras mentiras. Y cuando oigas decir a los musulmanes, los amigos de la independencia: nuestra *política*, sabrás que quieren decir: *nuestras* mentiras. Todas las mentiras son pecados. Así que, dime, ¿qué disgusta más a Alá, una mentira dicha por un nazareno o una mentira dicha por un musulmán?

Amar creyó intuir dónde quería ir a parar su padre. Le es-

taba previniendo para que dejara de tener relaciones con algunos de sus amigos, con los que a veces jugaba al fútbol o compartía una tarde en el cine, y que eran conocidos por ser miembros del Istiqlal. Su padre tenía miedo de que Amar acabara en prisión como Abdallah Tazi y su primo, quienes habían vociferado una noche: «*À bas les Français!*» en el Café de la Renaissance. «¡Qué equivocado está!», pensó Amar con cierto encono. No existía la más remota posibilidad de que ocurriera tal cosa. Estaba descartada desde el principio para él, ya que no sólo no hablaba francés, sino que tampoco sabía leer ni escribir. No sabía nada, ni siquiera firmar su nombre en árabe. «Quizá deje de hablar por fin y se vaya abajo», pensó Amar.

—¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

—Sí, entiendo —contestó Amar, estrujando las sábanas entre los dedos de los pies. Se sentía mejor; le hubiera gustado salir y darse un pequeño paseo, pero sabía que si se levantaba dejaría de apetecerle. A través del enrejado de hierro de la ventana podía ver los tejados de un barrio lejano de la ciudad, cubiertos por un cielo que amenazaba lluvia.

—Es peor que mientan los musulmanes —prosiguió su padre—. ¿Y quiénes, de entre todos los musulmanes, cometen el mayor pecado al mentir o robar? Un jerife. Y gracias a Alá tú eres un jerife...

—*Hamdoul'lah* —murmuró Amar, dócilmente pero con emoción—. Gracias a Alá.

—¡No sólo *Hamdoul'lah*, *Hamdoul'lah!* ¡No! Tienes que hacerte un hombre y ser un jerife. El jerife vive para la gente. Prefiero verte muerto antes de que te conviertas en la carroña con la que hablas en la calle. ¡Muerto! ¿Me entiendes? —La voz del anciano crecía por momentos—. No habrá más musulmanes a menos que todos los jóvenes jerifes obedezcan las leyes de Alá.

Siguió hablando en la misma línea. Amar entendía y se mostraba de acuerdo en silencio, pero al mismo tiempo no podía dejar de pensar: «Él no sabe cómo es el mundo de hoy.» El

pensamiento de que su propia concepción del mundo era tan diferente de la de su padre era como un muro protector que envolvía todo su cuerpo. Cuando su padre salía a la calle, en su mente sólo había lugar para la mezquita, el Corán, los demás viejos. Era el mundo inmutable de la ley, la palabra escrita, la inalterable filantropía, pero era en cierto modo un mundo arrugado y seco. Mientras que cuando Amar dejaba atrás su casa le esperaba toda la ancha tierra, la tierra viva y misteriosa que le pertenecía como no podía pertenecer a ningún otro, y donde absolutamente cualquier cosa podía suceder. El aroma de la brisa de la mañana atravesando las paredes desde los olivares, el rumor del río que caía sobre las rocas al precipitarse sobre sus gargantas en su paso por la ciudad, las sombras cambiantes de los árboles sobre el polvo blanco de la tierra cuando él se sentaba al mediodía bajo su sombra; todas esas cosas tenían un significado especial para él que no podía ser igual para ningún otro, y menos aún para su padre. El mundo donde vivía el viejo, imaginaba Amar, debía asemejarse a esas fotografías que aparecían en los periódicos que venían de contrabando desde Egipto: grises, emborronadas, carentes de significado, salvo como acompañamiento del texto.

Oía las palabras de su padre con impaciencia creciente. Hacía repetidas referencias a sus deberes como descendiente del Profeta. ¿Con quién podía contar la gente en épocas de dificultad, sino con los Chorfa? Cada jerife era un líder. Era cierto, pero Amar sabía que algo no terminaba de encajar en aquella imagen. Los Chorfa eran los líderes, pero podían conducir a sus seguidores únicamente a la derrota, y esto era algo que él nunca podría decir a nadie. Como si el anciano hubiera percibido la emoción, si no la idea precisa que bullía en la mente de su hijo, dejó de hablar durante un instante, y continuó después en un tono más bajo, impregnado de tristeza.

—He cometido un gran pecado —dijo—. Alá me juzgará. Debería haberte golpeado día y noche, y arrastrarte a la escuela por los cabellos hasta que supieras leer y escribir. Ahora ya nun-

ca aprenderás. Es demasiado tarde. Nunca sabrás nada. Y es culpa mía.

Amar estaba estupefacto; su padre nunca había hablado de ese modo.

—No, padre —dijo vacilante—. Es culpa mía.

En la penumbra, Amar vio cómo su padre extendía los brazos hacia él. El anciano puso sus manos en las sienes de su hijo y se inclinó hacia adelante rozando levemente con los labios la frente del muchacho. Volvió a sentarse, movió la cabeza adelante y atrás en repetidas ocasiones sin hablar, y salió al cabo de la habitación sin añadir palabra.

Unos minutos después, Mustafá apareció en la puerta con el ceño fruncido, enviado obviamente por su padre para interesarse por el estado de salud de Amar. En el primer instante, al verlo, Amar estuvo a punto de formular algún comentario ácido; pero de súbito una calma extraña se apoderó de él, y se sorprendió a sí mismo diciendo en el más bondadoso de los acentos:

—*Ah, khai, chkhbarek?* Hace días que no te veo. ¿Cómo va todo?

Mustafá parecía desconcertado; murmuró inexpresivamente una frase protocolaria de saludo, se dio la vuelta y desapareció escaleras abajo. Amar se acostó de nuevo, sonriente; sentía por primera vez que dominaba una situación que nunca se hubiera atrevido a suponer bajo su control. Mustafá era su hermano mayor; había nacido primero, y aquel día fue celebrado con el sacrificio de veintiséis ovejas, dos de las cuales había pagado su propio padre. Cuando Amar vino al mundo, por contra, Si Driss había comprado sólo una. Era cierto que habían comido otra oveja más, regalo de un amigo, pero ésta no contaba para Amar. No era menos cierto que Mustafá había nacido en las montañas de Kherib Jerad, y las otras veinticuatro ovejas habían sido llevadas como presentes por los jubilosos campesinos al ver a un jerife nacido entre ellos, mientras que Amar había nacido

en el corazón de la ciudad y sólo su familia se había regocijado por ello, pero era algo en lo que nunca pensaba cuando empezaba a darle vueltas a sus errores. Lo importante ahora era que Mustafá estaba perplejo; nunca hubiera esperado que su padre le enviara al cuarto de arriba para interesarse por Amar, y no había imaginado que éste podría encontrarse de buen ánimo. Amar conocía a su hermano. Mustafá continuaría presa de la inquietud por este pequeño misterio hasta que lo hubiera desvelado. Y Amar no tenía ninguna intención de ayudarlo para que lo lograra. Así era, Amar no hubiera sido capaz de decir lo que sentía por Mustafá, salvo que en un remoto aunque invisible horizonte adivinaba la certidumbre de su victoria y la derrota total para su hermano.

Y entonces acudió a su memoria un incidente que su madre le había relatado en múltiples ocasiones. Mucho tiempo atrás, cuando el padre de su madre estaba en el lecho de muerte ocupando la misma habitación donde se encontraba ahora él, y toda la familia se hallaba reunida para despedirse del anciano, éste había ordenado a Mustafá en un determinado momento que se acercara a la cama para poder bendecir al primogénito. Pero Mustafá era un niño testarudo y malhumorado; lloriqueando, se había escondido bajo las faldas de su madre, y ninguna zalema había podido persuadirle para que se acercara al lecho. Fue un momento de gran vergüenza, salvado milagrosamente por Amar, quien, pese a que apenas sabía caminar, cruzó a trompicones y por alguna inexplicable razón el aposento y besó por último la mano de su abuelo. De inmediato, el anciano otorgó su bendición a Amar en lugar de a Mustafá; y no contento con ello, se atrevió a profetizar que el más pequeño de los hermanos crecería hasta convertirse en un mejor hombre que el primogénito. Pocos minutos después exhalaba su último suspiro. La historia siempre había impresionado enormemente a Amar, pero, dando por cierto que sus padres nunca se la habían relatado a Mustafá, no había resultado jamás del todo satisfactoria ni le consolaba por las veintiséis ovejas. Ahora pensaba en

ello de nuevo, y empezaba a asumir una importancia que no había percibido antes. ¿Qué eran veintiséis ovejas o, incluso, cien de ellas, comparadas con el poder mágico de una bendición enviada directamente por Alá a través del corazón y los labios de su abuelo? En la oscuridad, murmuró una corta plegaria por el difunto, y otra de agradecimiento, más corta si cabe, por su buena fortuna.

Esa noche, en el cuenco de sopa que le trajo su madre había almendras y garbanzos. Anhelaba saber si toda la familia tenía la misma comida, o si se la habían traído especialmente para él y sólo para él, pero no se atrevió a preguntarlo. Podía imaginarse a su madre corriendo escaleras abajo soltando carcajadas y gritando: «¡El Señor Amar se imagina que fuimos a comprar las almendras sólo para él y que los demás están comiendo otra cosa!» Habría carcajadas incluso más fuertes de su hermana y de Mustafá.

—Qué buena está la sopa —advirtió.